

LA QUIMERA DEL COYOTE Y EL SUEÑO AMERICANO

ETNOPREHISTORIA DEL DESIERTO DEL ALTAR EN SONORA



CUEVA DE LOS VOLUTOS

A un paso del país más representativo de la potencia tecnológica moderna, en la frontera entre el Arizona norteamericano y Sonora, alguien robó en 1947 los corazones petrificados del monstruo muerto por l'itoi. Religiosamente conservados por los habitantes de Quitovac, envueltos en plumón de águila Vikita y plumas sagradas, éstos garantizaban la curación de las enfermedades, la multiplicación de los animales y el éxito en la caza, así como la lluvia y el crecimiento de las plantas del desierto.

LOS CORAZONES DE PIEDRA: ORIGEN DE QUITOVAC

Entonces, l'itoi se presentó ante el monstruo y se dejó comer entero. Descendiendo a su interior, reconoció a todos los que habían sido tragados desde su aparición en la laguna de Quitovac. Con el puñal de obsidiana en la mano, el héroe se dirigió hacia los dos corazones de la bestia y los cortó de un solo tajo. De inmediato, el nivel del lago comenzó a descender y hombres y mujeres pudieron por fin bajar de las montañas para volver al valle.

A un paso del país más representativo de la potencia tecnológica moderna, en la frontera entre el Arizona norteamericano y Sonora, alguien robó en 1947 los corazones petrificados del monstruo muerto por l'itoi. Religiosamente conservados por los habitantes de Quitovac, envueltos en plumón de águila *Vikita* y plumas sagradas, éstos garantizaban la curación de las enfermedades, la multiplicación de los animales y el éxito en la caza, así como la lluvia y el crecimiento de las plantas del desierto.

En una época en la que los avances técnicos gozan de un papel preponderante y a menudo alienante en la vida de las sociedades modernas, es interesante observar las estrategias que permiten a algunas comunidades actuales salvaguardar lo que subsiste de sus lazos con la prehistoria, tras una apariencia ficticia de la mayor normalidad. Va de suyo, en el presente caso, que dicha resistencia no se realiza sin dificultades, y que

tiene que enfrentarse a una fuerte división. Perpetuar el rito del *Vikita* o abandonarse al sistema de la reserva india para convertirse en pensionarios del Estado provoca a la vez fascinación y repulsión. Porque lo que se plantea claramente es esta decisión, que ha hecho hundirse a muchas etnias de nuestra época en el embrutecimiento de un nihilismo con incontables vías muertas.

QUITOVAC "EL LUGAR DE LOS PEQUEÑOS JUNCOS", EN EL DESIERTO DEL ALTAR

Hay que decir que en estos lugares donde a veces aflora, a cielo abierto, el esqueleto precámbrico del globo, los primeros visitantes europeos sólo encontraron unas

80 personas desnudas y pobres que sólo se sustentan con raíces, ciervos y carneros salvajes o monteses, en que había ido parte de la gente a caza de ellos... (J. M. Mange:285, en M. Antochiw, 1984).

El programa de investigaciones etnoarqueológicas del CEMCA en Sonora partió de la idea de que seguramente subsistía, en las regiones más aisladas del norte de México, algún islote que hubiera podido salvaguardar restos de la tradición de los cazadores-recolectores *chichimecas*, exterminados por la colonización del siglo XVI. De hecho, uno de los problemas cruciales de la prehistoria americana sigue siendo el de la identificación de los lazos que pudieron haber existido entre dichas sociedades y las que llegaron al continente unos 30 000 años a.C.

Cinco años consecutivos de trabajo de campo, incluyendo investigación en archivos (M. Antochiw, INI), estudios etnológicos (J. Galinier, CNRS), investigaciones sobre la tradición oral, excavaciones (Rodríguez-Loubet y Silva Sánchez) y estudios geológicos sobre el medio ambiente post-glacial (E. Araux, UNISON), han permitido reconstituir parcialmente la trayectoria original de este oasis natural, y la de sus ocupantes.

Más que buscar los sitios en el terreno a través de un reconocimiento sistemático, optamos por el método utilizado por J. Garanger en Oceanía, reconstituyendo los fragmentos dispersos de las mitologías e interrogando la memoria de los habitantes de los lugares. Después buscamos en el terreno los sitios que nos habían sido descritos, de la tumba del bisabuelo a la del enemigo apache muerto durante una escaramuza en el siglo pasado, del sendero utilizado para ir a buscar la sal al Golfo de California, a las cuevas habitadas desde tiempos inmemoriales en la sierra cercana para refugiarse en ellas durante la cacería del borrego cimarrón, sobreviviente de la última glaciación.

Sin olvidar, desde luego, los improbables vestigios del monstruo muerto por el héroe l'itoi cuando Quitovac estaba "en medio de un mar". Jóvenes o viejos, todos nuestros interlocutores eran categóricos acerca de la existencia de este último fenómeno, sin saber que una inmensa extensión de agua cubría efectivamente la zona, hace aproximadamente 10 000 años.

ATRACTIVO Y VICISITUDES DEL OFICIO DE ARQUEOLOGO

En efecto, la historia comienza en esos tiempos lejanos. Ya el recalentamiento del planeta en esas latitudes había hecho fundir los glaciares de las Rocallosas vecinas y, a través de complejos encadenamientos climáticos, la desertificación había cubierto progresivamente toda la región. De los vastos lagos de



ESTRUCTURAS FUNERARIAS



otrora, sólo subsistía el de Quitovac, reducido a una piel de zapa y alimentado por seis afluentes naturales.

Los grandes mamíferos que habían sobrevivido al fenómeno se vieron obligados a alimentarse alrededor de este oasis, convirtiéndose así en fácil presa para el cazador, quien probablemente aceleró su desaparición definitiva. Las recientes excavaciones debajo del pueblo actual provocaron en los pápagos una reacción bastante inesperada, dada la indiferencia con la que hasta ese momento nos habían gratificado. Ellas revelaron, en efecto, la presencia de osamentas fosilizadas de mamut, entre las que se hallaba un colmillo de más de dos metros de largo, junto con objetos de piedra tallada y los percutores que sirvieron para su fabricación. La muerte del monstruo de la laguna resurgió en las conciencias. La leyenda volvía a cobrar vida ante sus ojos, y se apresuraban a anunciar la buena nueva a sus familias, del otro lado de la frontera.

Unos días más tarde, un helicóptero del ejército norteamericano descendía cerca de la excavación, llevando a bor-

do la flor innata de los jefes navajo, los descendientes de los apaches que fueron los enemigos jurados de los pápagos, y que hicieron temblar a América del Norte hasta el valle de México. Tras haber felicitado a los habitantes del lugar por la hazaña que acababan de realizar, preconizaron un escrupuloso respeto de las osamentas. Estas debían quedarse íntegramente en su sitio, prohibiendo de esta manera a los arqueólogos las recolecciones necesarias para los análisis. No es posible tocar impunemente los mitos.

PRIMEROS CAZADORES-RECOLECTORES DE QUITOVAC

Afortunadamente, otros vestigios menos espectaculares prueban en toda la zona, la presencia de esta primera etapa de ocupación de los sitios. Así, observamos que el desplazamiento de los campamentos en las orillas de la laguna, sigue, a lo largo de

los milenios, a la reducción progresiva de ésta. Como ocurre en muchos desiertos, es en la superficie donde encontramos grandes cantidades de piedra tallada, cuyas dimensiones disminuyen a medida que el tamaño de las piezas de caza disponibles se hace más pequeño.

Raspadores, raederas, lascas cortantes y puntas de proyectil bifaciales constituyen la mayoría de las herramientas utilizadas hasta alrededor de 3000 a.C. A partir de esta época y hasta cerca de 1000 a.C., aparecen puntas de jabalina y objetos más delgados, más ligeros, hasta que llegan las primeras puntas de flecha, con la invención del arco. Las canastas trenzadas, apretadas hasta el punto de hacerse impermeables tras la expansión de sus fibras al contacto con el agua, únicamente se encontraron para los últimos siglos que precedieron a la era cristiana. Pero probablemente ya existían, en estas poblaciones nómadas que necesitaban de recipientes ligeros y resistentes, desde tiempos mucho más remotos, después de haber sustituido las pieles cosidas de grandes mamíferos. También fabricaban charolas de madera y unas especies de boomerangs para la caza.

LOS "HOMBRES DE LA ARENA". "ARENENOS" O HIA'CHED O'OTAM

Desplazándose sin cesar entre el Golfo de California y Quitovac, estos O'otam primitivos se extienden en todo el desierto del Altar. Son cazadores-recolectores sin hábitat duradero, sin agricultura y sin ninguna actividad cerámica, que el padre Kino descubre, por vez primera, en Quitovac, a fines del siglo XVII. Ocupan un área de campamento identificada por las excavaciones con el nombre de "Quitovac 1".

Por razones que tienen que ver con decisiones particulares de sus descendientes, el cementerio del siglo XX donde fueron enterrados los últimos sobrevivientes, así como el área ceremonial de la danza del Vikita, se encuentran sobre su emplazamiento.



Este grupo, heredero directo de los cazadores prehistóricos, aún era representado por el Coyote, *Panovasco*, arquero de gran renombre, antepasado de los habitantes actuales, que murió hacia 1927, según la tradición oral. Los "Hombres de la arena" fueron los únicos habitantes de este oasis hasta mediados del siglo XIX.



CASA DE COÑEJO

LLEGADA DE PRIMEROS CULTIVADORES "PAPAGO" O TOHONO O'OTAM

Desde 1850, en Quitovac se producen trastornos importantes. La recolección de pepitas de oro, que abundaban en la zona, se convirtió rápidamente en uno de los principales medios de trueque con los vecinos cultivadores del norte, en contacto directo con los norteamericanos.

Una familia de estos *pápago* viene a establecerse cerca del campamento. Su nombre se deriva del frijol del desierto, *papavi*, que ellos ya cultivaban en sus sierras del norte. Construyen las primeras casas de cactus *sahuaro* y tierra apisonada de la zona, imitados por primera vez por los cazadores-recolectores, que poco a poco abandonan sus campamentos (fases 2 y 3 del pueblo).

En algunos años, a través de los lazos matrimoniales y tal vez también por el interés que los primeros habitantes muestran hacia los complejos rituales de los nuevos ocupantes, cuyo jefe se llama Cachito (dicen que los hom-

bres del desierto no tenían jefes), asistimos a una extraordinaria comunión de las técnicas, los conocimientos y las creencias de estos dos grupos que, sin embargo, se codeaban desde siglos antes.

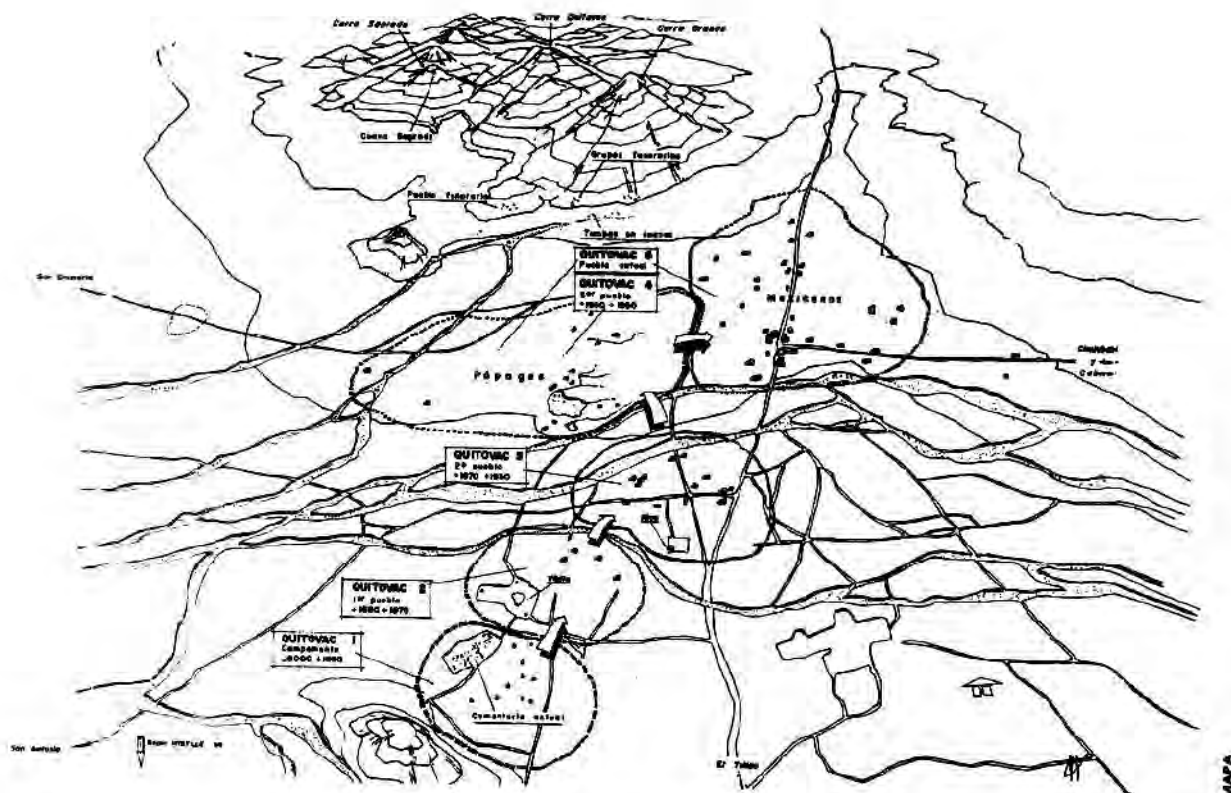
Los corazones petrificados del monstruo *Santita* muerto por l'itoi en Quitovac participan desde entonces, con su propio ceremonial, en los ritos de los cultivadores: la danza del Plumón Blanco del Aguila (*Vikita*) y la danza del Venado (*Venado Buro*), que describen los gestos de la caza y de la recolección, o que llaman a las nubes de lluvia que atraviesan el desierto. La amalgama no



parece plantear algún problema importante: más allá de las diferencias en el modo de vida y el medio ambiente, el héroe divino I'toi forma parte del panteón de cada uno de los dos grupos.

En la Cueva Sagrada, en la cima de la montaña que domina la laguna, encontramos los vestigios ligados a las ceremonias que datan de esta época. Desde siempre, el ídolo se conservaba en ella, según la tradición oral.

Lejos de ser abandonada, la recolección se intensifica, como lo muestran los grandes morteros hechos en las rocas cercanas a las casas, en los que se muelen las vainas de leguminosas. Dos mujeres pápago fabrican cerámica, mientras otras, al parejo de los hombres, según nuestros informantes, tallan la piedra para los usos cotidianos, paralelamente a la utilización de objetos metálicos obtenidos por trueque. Todas estas actividades en su conjunto están ampliamente probadas en las ubicaciones de las casas desaparecidas. Dentro de las tumbas, las flechas, con sus puntas talladas en obsidiana, son colocadas



cerca de los difuntos, junto a los fusiles, las pistolas y las dagas, y con los recipientes de fibra, trenzados, de cerámica y de lámina esmaltada. Este verdadero bazar tecnológico muestra con toda evidencia la despreocupación de la gente de Quitovac con respecto a su cultura material.

LA FIEBRE DEL ORO: LOS PRIMEROS COLONOS MEXICANOS

La nueva comunidad descuida rápidamente el cultivo del frijol por la cría libre, ganadería, que requiere de poca intervención humana, en la medida en que el radio de desplazamiento de los animales alrededor de la laguna es más bien limitado. A partir de 1940, varias familias de colonos mexicanos vienen a instalarse a poca distancia de la superficie acuática, atraídos por la reputación de los yacimientos auríferos a cielo abierto, y probablemente también por la existencia de aquellas grandes manadas, que hipócritamente van a apropiarse por los medios más diversos. Los pápago no se oponen a su llegada: su noción de la propiedad del suelo es aún la de los cazadores-recolectores. Simplemente reconstruyen su pueblo, entre la laguna y los mexicanos (fases 4 y 5). Sin embargo, y pese al enlace matrimonial que tuvo lugar entre uno de los mexicanos adoptados por el grupo y las mujeres del linaje del Coyote, el rechazo sería total y definitivo.

En ausencia de datos escritos, una vez más es el estudio etnoarqueológico el que ayuda a reconstituir los acontecimientos de esta historia reciente. Todos los protagonistas, mexicanos y amerindios, abandonan la escena hacia 1948, tras algunos sangrientos enfrentamientos. Pese al robo del ganado y el del ídolo, más grave aún, uno de los nietos del Coyote es designado guardián del lugar sagrado. Allí permanece, solo, y presencia la construcción de la primera carretera que atraviesa el desierto, a partir de 1970.



ESTRUCTURAS FUNERARIAS

RENACIMIENTO DEL MITO, MIENTRAS REGRESA EL HEROE

Familias enteras de pápago regresan entonces y se constituyen como comunidad indígena (fase 6 del pueblo). Al contrario de cualquier poblado mexicano, no construyen capillas, pero trazan un campo de beisbol.

Las habitaciones tradicionales hechas de cactus *sahuaro*, con techo cubierto de salitre, aún predominan en 1983, a veces coronadas por una antena de televisión completamente simbólica y sin la menor utilidad.

Cada año, por el mes de julio, atendiendo al llamado del maestro de ceremonias, los que se quedaron en los Estados Unidos discretamente se reúnen con sus familias de Quitovac.

Entonces, cuando la luna está llena, durante tres noches y dos días consecutivos, las danzas ancestrales se revivifi-

can, al son del sordo raspar de las mandíbulas de venado contra los bastones estriados, amplificado por los tradicionales y milenarios recipientes de fibras trenzadas. Y los más viejos salmodian las hazañas de I'itoi, simulan escenas de flechamiento de las presas, y piden incansablemente a los espíritus de la naturaleza la curación de los enfermos, la multiplicación de los animales y el éxito en la caza, la lluvia y el crecimiento de las plantas del desierto...

Traducción: Luz María Sánchez L.

